

xionando agarré una correa y le di una buena tunda de azotes de modo que la hice lanzar gritos desesperados que no podríais creer. Así conseguí convencerla de que cada vez que la mirase, y como en efecto ocurrió después, tendría que comportarse conmigo como si hubiese sido amaestrada en la más refinada escuela de putas».

Textos de diferentes intenciones, de diversas imágenes. Ahora avancemos a una cuestión central. La superposición de imágenes, el traslado de mitos, el vuelo de utopías, la deformación o conformación que estas categorías suponen en la apreciación de culturas. Para que eso pueda ocurrir hay antes un hecho básico. Estas gentes que llevan su cultura y bautizan con ella a las tierras nuevas, se han ido de donde estaban. ¿Por qué enseñaron a dejar las patrias estos españoles portadores de utopías? Yo a veces he pensado, leyendo un pasaje muy expresivo de Pedro Mártir de Anglería, que a más de ser deseosos de embarcarse en un viaje casi sin retorno, deseaban sobre todo un caminar distinto del que pudiera ofrecerles cualquiera otra tierra de las que enseñoreaban sus monarcas:

«encomendaron la preparación de esta flota Juan de Fonseca... mandan ir a más de mil doscientos infantes armados, entre los cuales determinan que sean estimulados con estipendio un número importante de operarios y expertos en todas las artes mecánicas y a las gentes de armas añaden jinetes. El Prefecto dispuso el transporte, para la procreación, de yeguas, ovejas, terneras, y otras especies, todas con sus machos e igualmente de legumbres, trigo, cebada, y otras semillas no ya para simple alimento, sino también para su siembra. También embarcan vides y esquejes de otros árboles de los que no hay en aquellas tierras, en las que no encontraron árbol conocido salvo pinos y palmas altísimas estas de dureza increíble, altas y rectas por lo ubérrimo del suelo, así como otros muchos árboles que daban frutos hasta hoy desconocidos. Cuentan ser aquella tierra la más fértil de cuantas rodean los astros; manda finalmente que cada uno de los artífices transporte cuantos instrumentos y demás cosas sean precisas para edificar una ciudad nueva en tierra desconocida. Muchos otros emprendieron este viaje por el deseo de novedades».

Movidos *por el deseo de novedades*, cierto, pero ¿sólo por el afán de lo nuevo o por el de arraigo en la tierra nueva, en el cielo nuevo, en las posibilidades nuevas? ¿No refleja este texto la voluntad de alguien que se va para no volver, para crear una imagen propia que va a ir sustituyendo a la imagen trasladada?

Quizá uno de los mayores aciertos que se realizaron en torno a la celebración de V Centenario en el Instituto de Cooperación Iberoamericana fue

la bellísima edición de estas *Décadas del Nuevo Mundo* de donde acabo de tomar este texto. En esa edición se tuvo la sugerente originalidad de situar las imágenes de América trazadas por la mano de Guayasamín. Al comparar las imágenes de Guayasamín y el texto de Pedro Mártir se percibe cómo nace de esa conjunción una visión ya específicamente americana, que ni es la prehispánica, ni la del emigrante sino la mestiza, la única posible después de la irrupción colombina. Se ha dicho que:

«los que se van son los audaces o los infelices que en su tierra no encuentran oportunidades que les aten y retengan. Los que tienen tierra y título de granjerías, los que pueden nutrir esperanzas cortesanas, los que están acomodados y se lucran, se quedan. Unos y otros son hijos de la misma madre y de distinta suerte. Pasan los años y esta repartición de 1493 se acentuará. La aventura se va a hacer cada vez más tentadora, va formándose la Europa que se va. En un principio fue sólo la España que se va: en Cádiz se forma el primer nido de pájaros voladores. Llegará un día en que lo propio ocurrirá en Burdeos, en Génova, en Ámsterdam, en Londres... A medida que América se conozca irá creciendo el éxodo» (Germán Arciniegas).

No estoy tan seguro de que la línea que separa a los viajeros de los quedados sea sólo la frontera entre la prosperidad y la pobreza. Los que emigraron querían ser ricos, sí, pero también libres. Querían, como Cortés, sajar las cavernosidades de instituciones consuetudinarias que se interponían entre ellos y sus reyes. Querían la república, concebida como un modo de vivir libre, al eco de un platonismo quizá no asimilado sino intuido o sospechado. Por fin, alguno como el delirante Lope de Aguirre se atrevió a proclamar que ni rey querían. Operaban desde la gracia de un punto cero que, ya desde la guerra de las Comunidades, se les antojaba exasperantemente perdido en la tierra de su infancia. Para todos esos europeos la patria no era la cadena de sus propios recuerdos infantiles, sino la posibilidad de que sus hijos recordasen la vida en libertad como memoria de niños.

Estoy de acuerdo en que la palabra que más se usa para describir a estos sujetos es «aventurero». Pero ni es correcta ni es hermosa tal palabra. No es hermosa en cuanto lleva un aire aparejado de significación o actitud frívola y estos viajeros empeñaban a conciencia su vida en un ensayo que sabían de difícilísimo retorno. No es correcta en cuanto implica querer con cierta indiferente actitud un azar que en el fondo es algo superfluo. No; su nombre se dirá más tarde, pero sólo es ese el que les conviene. Fueron *libertadores*. No de una tierra, ni de un sistema político. Se libertaron a sí mismos. Ese es el hilo conductor que rige los sentimientos expresos o latentes en las cartas de particulares conservadas en el Archi-

vo de Indias y que Enrique Otte publicó hace muchos años. En los dos grandes comienzos de América, el español y el independiente, mueven las cosas los *libertadores*.

En el centro de acogida que fue al comienzo La Española, se acumularán los emigrados para dispersarse hacia el continente que se les ofrecía. Ese flujo se acrecentará tras la derrota comunera. Ignacio Gutiérrez Nieto (1973) ha señalado el valor testimonial de un cartelón vallisoletano contra los flamencos que envolvían al Emperador.

«Maldición, maldición caiga sobre ti, reino de Castilla, que permites y soportas que tus hijos, amigos y vecinos sean matados y asesinados diariamente por extranjeros sin hacer justicia de ello».

Cierto que las Comunidades fueron un movimiento antiseñorial pero no conviene limitar los marcos demasiado pronto. Germán Arciniegas ha recordado que circuló por Santa Fe de Bogotá una letrilla: «tierra buena, tierra buena, tierra que pone fin a nuestra pena».

Sin embargo no se trata sólo de estimar como motor de justificación más perceptible en las actuaciones de los conquistadores la causa del común levantado contra Carlos I y los flamencos. Sería poco decir que la población por europeos de América se confunde con un movimiento comunero. Latió también, con mayor fuerza quizá, un temor hondo ante el ansia de poder de los mecanismos neofeudales de pequeñas y grandes aristocracias de las ciudades y los poderosos emergentes que sólo buscaban desplazar de su sitio a viejos resortes de gobierno, esgrimiendo un discurso de libertad falsificada.

Cuando se pase de la conquista de las islas a la gran empresa continental no serán ni Vasco Núñez de Balboa, ni Pizarro, ni Hernando de Soto, ni Ojeda, ni Enciso ni tantos como ellos los más significativos. Sólo Hernán Cortés y Juan Ponce de León marcarán niveles superiores. Del primero ha dicho Mario Hernández que no admite parangón si no es con Julio César o con Napoleón Bonaparte. Desde luego dio en sus *Cartas de Relación* vestidura política a lo que fue realmente un alzamiento contra las instituciones, no contra el rey. Sabido es que cuando Quesada en su *Antijovio* se refiere al levantamiento de Castilla, resulta palpable esa misma interpretación. De manera que de ahí en adelante resultará que precisamente los verdaderos comuneros son los que se quedan con el emperador. No otra cosa es la concepción de la organización isleña de Juan Ponce de León, que una prerrealización del ideal, no del posibilismo comunero.

¿Cuánto tiempo se requiere para llegar a la plena conciencia de lo que supuso el descubrimiento de ese nuevo horizonte? Recuerdo una anécdota

que en la preparación del libro *Iberoamérica. Una comunidad* nos hizo llegar Germán Arciniegas a sus directores: decía que cuando el presidente francés Mitterrand visitó Bogotá le preguntó: «¿Usted cree que se haya descubierto América?» Y sin vacilar Mitterrand le contestó: «No, no se ha descubierto». Creo entender que ese «no se ha descubierto» se refiere a lo que es la totalidad de expresión de sus posibilidades.

Vasconcelos decía que el destino de América era alumbrar una raza cósmica, resultado de la fusión de blancos, indios y negros. Arciniegas critica que se repita ese juego de los tres colores sin tomar en cuenta que blancos, cobrizos y negros cambian todos ellos en una especie de nueva circunstancia al juntarse en la tierra firme del mundo común americano. Se trataría de un destino común. Para los aborígenes se rompería su propia tendencia al esclavismo y al aislamiento lingüístico. Para los negros se disolvería tras los siglos su perpetuo destino a la esclavitud, pues en América se emanciparon. Para los blancos, edificar en América una nueva casa política cambiará la certeza de un Rey, por la ilusión de una democracia.

Desde luego que el traslado de esas imágenes provocó esos efectos a la larga. Porque volaron esas imágenes, se aposentaron en ellas y se albergaron en ellas, consiguieron hacer nacer una realidad que en modo alguno había soñado nadie. Y quizá Colón quiso verla menos que nadie, como no lo vio Pizarro y sí Cortés o Ponce de León. Una nueva luz política. Sin embargo, comenzando ya un nuevo milenio ¡hay tantas sombras viejas y nuevas arraigadas en la herencia!